

***Calcaño y Picón-Febres. Ataque y contraataque de una contienda lingüística y literaria*¹**

*Francisco Javier Pérez***

Universidad Católica Andrés Bello. Caracas. Venezuela.

Rivales

En más de una oportunidad, las diferencias personales entre los individuos desencadenan, cuando estos descuellan culturalmente, debates espirituales de insalvable solución. Guiados más por fuerzas biliars que por asentados principios del trabajo racional, las polémicas construidas desde la animadversión intelectual pueden presentarse, para la investigación actual, como reveladoras de los procesos más recónditos por donde transitan elocuentes humores que nos hacen entender mejor el trabajo del espíritu en una cultura.

Si, por otra parte, la polémica queda circunscrita a la actividad de las ciencias del lenguaje, en donde la pulcritud de la especie lingüística parece minimizar la condición de hombres de carne y hueso de sus cultores, adquiere el estudio de estas discusiones personales sobre el lenguaje referencial o sobre el lenguaje estético, y la crítica que generan ambas manifestaciones del fenómeno lingüístico, singular interés para la comprensión y re-construcción de la historia de la disciplina lingüística y de los individuos que la han hecho, más como actividad humana que como quehacer científico, espiritualmente ajeno y artificialmente perfecto.

Además, si esta polémica está radicada en el contexto de la lingüística venezolana, aún en proceso de estudio, creo que las potencialidades de una reflexión sobre las fuerzas destructivas que la

han motivado y de los intereses volitivos que la hicieron posible, será tarea productiva para conocer las pistas menos evidentes para entender el desarrollo de la historia de la ciencia del lenguaje en Venezuela y sus conexiones con la espiritualidad venezolana. Teniendo en cuenta lo anterior, este ensayo quiere ser una pequeña contribución.

Para lograrla, se tratará de enfocar la lente en las discusiones lingüísticas y literarias protagonizadas por dos importantes nombres de la cultura venezolana en los años finales del siglo XIX y los primeros del XX: Julio Calcaño (1840-1918) y Gonzalo Picón-Febres (1860-1918).

¿Quiénes fueron estos autores? ¿Qué papel jugaron en el desarrollo de los estudios lingüísticos? ¿Qué significación tuvieron en los procesos de creación literaria de su tiempo? ¿Cuán fue su participación en las institucionalidad cultural e intelectual de ese momento? Sin que sea pretensión de nuestro estudio responder a todas estas preguntas, es posible ofrecer algunos datos, un buen número de reflexiones y, lo más importante, dejar que las argumentaciones enfrentadas y los juicios y voluntades encontradas, como en un callejón sin salida, de la misma polémica, hablen por sí solos.

Parcamente, debe señalarse para el Calcaño lingüista su rol de Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana, a partir de 1883, por ser ésta la tarea que lo perfila como censor lingüístico y literario de su tiempo y que nos ofrece el perfil de su propia actividad como descriptor del léxico venezolano. Esto último, lo lleva a cabo al elaborar el más célebre tratado sobre el lenguaje escrito en la Venezuela del siglo XIX, después de la obra de Bello, y en donde la lengua del país es vista bajo el cristal purista, del que Calcaño fue propagador estelar. Se trata de *El castellano en Venezuela* (1897), en su momento, el más extenso tratado dedicado a revisar el diccionario y la gramática del habla de Venezuela. En parte, la respuesta de Picón-Febres tendrá su raíz en reflexiones

lexicológicas a partir de esta obra. Crítico literario acre y destemplado, sus contemporáneos lo vieron como un ruseñor con espuelas, parodia al origen poético que caracterizó a la estirpe de los Calcaño.

Vehemente, Picón-Febres irá dando forma a un conjunto de planteamientos críticos para adversar muchos de los argumentos de Calcaño en materia lingüística: actuación institucional y creación. Una suma de sus posiciones sobre el léxico venezolano serán ordenadas por el escritor merideño, en abierta rivalidad con el académico de Caracas, en el repertorio léxico que titula: *Libro raro* (1912). Esta obra iba a significar no sólo el ataque lexicográfico más abierto a la descripción purista de Calcaño, la primera motivación de Picón-Febres, sino el intento más sólido, antes de la publicación de los trabajos de Lisandro Alvarado, en 1921 y 1929, por compendiar un diccionario venezolano, sincrónico y con notable debilitamiento de la impronta normativa. En cierta forma, esta obra fue elaborada para servir de respuesta a los planteamientos asistemáticos y acentíficos de Calcaño y para satisfacer la genuina necesidad decodificadora de toda obra lexicográfica. El escritor filólogo así lo declara: “No es trabajo de filología, porque no soy filólogo (ni ganas), sino simple trabajo de significados con mezcla de otras materias á que yá antes me refiero; y para mí será de gran satisfacción que así como haya de servir al que me honre leyendo mis novelas, por los venezolanismos, barbarismos, frases corrientes y refranes de que hago empleo en ellas en la parte de los diálogos (con el objeto de reflejar la índole de nuestro pueblo en su manera de expresarse), sirva también al que lea otras novelas venezolanas de las denominadas *criollas*, en las cuales abundan muchos de los vocablos que se encuentran en el presente estudio” (Picón-Febres 1964: 25).

Conocidas, entonces, las directrices del trabajo lingüístico de estos dos autores, representantes de corrientes rivales en los estudios

lingüísticos venezolanos y, sobre todo, en el desen-volvimiento de su actividad pública, demos comienzo a la narración y reflexión de los ataques que ambos se cruzaron.

Ataque

Las espuelas del ruseñor, esa magistral simbología con que se ha querido entender al Calcaño crítico, volverán a afilarse, muy agudamente, en uno de los estudios² más duros de su producción crítica sobre la literatura: el que escribe sobre Gonzalo Picón-Febres.

En esta oportunidad, sin introducciones, sin las fórmulas de cortesía, sin la retórica almibarada y sin los exordios preliminares de costumbre, Calcaño abre el fuego crítico desde las primeras líneas. La inicial refutación es que no puede calificarse de una verdadera historia literaria. Aclara –le aclara al autor-, que su obra es una reseña, y que dista mucho de ser crítica: “Aunque el autor califica este libro de historia-crítica, mucho le falta de historia y no poco de crítica, si se atiende a la verdad, imparcialidad y cabalidad de los datos históricos y a lo que ha de entenderse por verdadera crítica literaria y científica. Escribir una historia no es lo mismo que escribir una reseña” (Calcaño, 1972: 215).

Estas palabras marcan el tono de todo el texto, que será uno de los más duros y despiadados de los salidos de la pluma ácida de Calcaño. Aunque le duela reconocerlo, el trabajo de Picón-Febres es, sin duda, una de las primeras puestas de naturaleza histórica sobre la literatura venezolana. Reflexiona extensamente, sin el aparato crítico de las historias modernas, sobre el desarrollo de los distintos géneros literarios nacionales y confirma la existencia de una literatura venezolana, que Calcaño, por su parte, se había encargado de negar en su *Reseña histórica de la literatura venezolana*. He aquí una de las razones más fuertes para el ataque sin cuartel contra el escritor

merideño, su contemporáneo exacto, hasta en el año de su muerte: 1918.

Pertenciente, en realidad, a una generación posterior, Picón-Febres había publicado, en 1906, uno de sus libros más celebrados: *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Calcaño, cuando es revisado por Picón-Febres no sale, como veremos, muy bien parado. Más aún, la situación viene a enturbiarse más después de la aparición del *Libro raro. Voces, locuciones y otras cosas de uso frecuente en Venezuela*, algunas de las cuales se encuentran en *Fidelia* y en las demás novelas del autor (1912) Picón-Febres, en donde, página a página, los desafueros de Calcaño sobre el léxico venezolano vienen a tener una contestación, si no del todo científica, sí más acorde con la realidad léxica nacional. En especial, los desatinos etimológicos de Calcaño son puestos en orden y desarticulados de raíz. Una larga polémica personal y epistolar había sellado y había hecho constar, entre 1901 y 1902, la animadversión que estos autores se profesaban y el despiadado tono de la encarnizada discusión que la materia lingüística despertaba en esos tiempos.

Trata, aun por encima de sus malestares personales contra Picón-Febres, de esbozar un juicio objetivo. Más fórmula para suavizar el ataque, que convencimiento mismo de lo que dice, retrocede, como para tomar nuevos bríos críticos. Suena, además, a discurso irónico: “No se crea por lo que vengo diciendo que yo tengo la obra de Picón Febres por indigna de atención, y al autor como ignorante incapaz de escribir nada que pueda leerse. Sería ello sobra de injusticia y crueldad. Picón es joven, y a fuerza de estudio, observación y experiencia llegará, sin duda, a ser un grande escritor” (Calcaño, 1972: 217). En el texto, sin embargo, este tono complaciente no se volverá a repetir. Al contrario, abrirá fuego continuo.

Académico de corazón, la primera objeción concreta que hace al trabajo de Picón-Febres es que no haya destacado el papel ejercido

por la Academia Venezolana. Picón no pudo tocar más hondo en la fibra hipersensible de Calcaño. Pagaría, sin duda, con la acrimonia crítica del susceptible numerario fundador: “De la Academia fundada por Guzmán Blanco en el Septenio, tampoco dice nada el señor Picón Febres, y nada de la influencia y trabajos de la Correspondiente de la Real Española, que cuenta veintitrés años de vida, y cuya creación fue solicitada por don Antonio Leocadio Guzmán, don Rafael Seijas, don Jerónimo E. Blanco y el que esto escribe, que los convocó con tal objeto; ni nada de la protección que le dispensó el Gobierno de Guzmán Blanco, y que aseguró su estabilidad. Lo mismo puede observarse de la Academia de la Historia, fundada por el doctor Rojas Paúl, y de las establecidas posteriormente” (Calcaño, 1972: 218-219).

Ahorrándose una transición, raro en un autor tan dado a los puentes y a los enlaces, arremete por la materia formal del escrito de Picón-Febres y con, según Calcaño, las violaciones a la gramática y la presencia de incorrecciones y de palabras tocadas por el pecado que estas violaciones al sagrado orden de la lengua estaban suponiendo. Aceptando no ocuparse de estos tópicos, se ocupará de ellos: “En las faltas gramaticales y vocablos pecaminosos no he de ocuparme aquí, porque lo juzgo impropio de escritos de la naturaleza de éste, aunque manifiestan que el autor no es competente para sentar si un escritor es o no correcto” (Calcaño, 1972: 219). En otras palabras, ha descalificado, por inepto, la posibilidad de acercarse críticamente a los autores que estudia por la propia impericia que en materia formal manifiesta.

Cerrará esta primera confrontación, en una nota a pie de página que destaca, “algunos”, de los vocablos pecaminosos que pueden encontrarse en el texto de Picón-Febres: “He aquí algunos de tales vocablos: *moderantista* (pág. 225); *apercibir* (por *advertir*, pág. 72); *dueñez* (pág. 222); *extranjeriza* (pág. 793); *susceptibilidad* (por

quisquilla, escrupulosidad, delicadeza, pág. 126); *exquisitez*, por *primor, excelencia*, (págs. 102 y 231); *rusticana*, por *rústica*, (pág. 260); *rusticano* (pág. 348); *graficidad* (pág. 239). Formas verbales como *se riyó* (pág. 386), y otras). Desconocimiento de las preposiciones; “Que *de entre* los jóvenes poetas” (pág. 20); Rayanos *de* la exageración” (pág. 20); “Rayanos *de* la vulgaridad” (pág. 28). Desconocimiento de los tiempos verbales y del uso de los relativos: “Son aquellos *en que* la expresión es consustancial con lo que expresa, o lo que es lo mismo, *que esté* en armonía, *que tenga* semejanza, *que se manifieste* en completa identidad con las ideas” (pág. 243). “Por eso fue *que* Morales Marcano” (pág. 28). De los modos adverbiales: “En *verdadera* puridad” (Pág. 6)”³. Cansado de enumerar, sentenciará descalificativa y demoledora-mente: “No acabaríamos nunca anotándolos todos” (Calcaño 1972: 219).

Entra en materia conceptual refutando los acercamientos críticos de Picón-Febres en los que, como era de esperarse, no está de acuerdo. En su libro había señalado que Juan Montalvo y Cecilio Acosta eran los dos escritores más castizos del continente. Calcaño no lo acepta, más por el segundo de los nombres que por el primero. Declarado antiguzmancista, Cecilio Acosta es despachado por el purista Calcaño como un autor “que a las veces olvidaba la gramática” y a Montalvo como escritor “que incurría en aberraciones al usar ciertos tiempos verbales” (Calcaño, 1972: 219). A Picón-Febres lo ridiculiza preguntándose por el parecer de los escritores españoles frente a tamaño desafuero sobre el *españolismo* de los citados: “¿Qué dirán los hombres de letras de España al considerar que Picón Febres tiene por *españolismo*, no lo correcto y castizo del lenguaje, sino el estilo arcaico?” (Calcaño, 1972: 220).

Ya fuera de sus casillas y con tantas provocaciones como le suministra Picón-Febres, devela sus criterios sobre los nombres estelares de nuestra literatura a los que sólo puede ver desde el

estrecho giro de la corrección purista. Drástico, ningún autor le llegará a convencer del todo:

Es de este lugar decir que ninguno de los viejos escritores venezolanos, sea por lo que fuere, cuidó de la perfecta corrección del lenguaje. Baralt y Toro, González y Acosta leían y releían a los clásicos españoles guiándose más por el oído y el entendimiento que por el estudio y comprensión de la urdimbre del lenguaje, y adquirieron así el primor de sus escritos; pero ninguno de ellos puede ser justamente calificado de hablista. Con todo, la prosa de Acosta no es superior a la de Toro, ni a la de Baralt, ni a la de González, a pesar del galicanismo de éste y de la crudeza y virulencia de alguna de sus frases. Para ser un gran prosador faltábale a Acosta flexibilidad y naturalidad, calidades características de los grandes escritores; y faltábale ser menos dogmático y paradójico, defectos que a ningún hombre de letras hacen persuasivo (Calcaño, 1972: 220-221).

Se desquicia, aún más, cuando Picón-Febres se atreve a decir que Cecilio Acosta sobrepasa a Bello en espontaneidad. Fuera de sí, Calcaño bufa: “En nada, ¡vive Dios!”. Picón lo compara, para descontrol aún mayor de Calcaño, ahora, con Fray Luis de León. Esto ya le parece herético: “Mas no es mi ánimo censurar la imitación, que imitar no es grave pecado; sino el de comprobar que es una herejía que el Sr. Picón Febres compare a Acosta con Fray Luis de León” (Calcaño, 1972: 221).

Para colmo, el escritor merideño se atreve a criticar el “perfil venezolano” hecho por su amigo Felipe Tejera sobre Acosta, motivo aquí de muchos de los malestares de Calcaño⁴. El siempre pulcro Calcaño, en especial en materia amorosa, se permite insinuar pusilanimidades de carácter y afeminamientos en Cecilio Acosta, con los que cierra este tema:

El perfil de D. Cecilio Acosta publicado por D. Felipe Tejera, que Picón Febres censura como inexacto, es admirable. Tímido era, en verdad Acosta, como afirma Tejera, y tanto lo era que jamás en su larga vida se atrevió a requebrar a ninguna dama, ni nadie le conoció nunca amoríos de ninguna clase, lo cual pinta un carácter (Calcaño 1972: 222).

Encumbrador de “poetastros y medianías”, califica Calcaño a Picón-Febres al continuar la secuencia de “afirmaciones descabelladas” con que se encuentra, en detrimento de su biliaridad, a cada paso, en el libro criticado. Interesante la mirada especular que este Calcaño *antipurista* hace de un purista, a su manera, como lo fue también Picón-Febres, y los desajustes emocionales que le crea al ya senecto académico que, entonces, critica el purismo del escritor de Mérida. En un sentido es un *Júpiter tonante*, en otro, un *Cyrano de Bergerac*:

En el estilo, que es lo mejor de la obra, existen caídas que lo estropean. Para impugnar observaciones de otros hombres de letras, exclama con arrogancia: *Sébase* que no es así. Al tropezar con este *sébase* imperativo y extraño, como de un Júpiter tonante, sorprende al lector, y cree ver asomarse, larga y amenazante como una espada, la gran nariz de Cyrano de Bergerac, que nos da esas sorpresas singulares (Calcaño 1972: 224).

El siguiente tema de discusión, ya en terreno menos personal, es el de la mirada que el purismo hace de la literatura criollista. Calcaño resiente la opinión de Picón-Febres que hace coincidir literatura venezolana con aquella que sólo se construye sobre elementos nacionales, criollos, autóctonos y regionales. Aquí el pensamiento purista rechaza esta idea y, en su lugar, enarbola la bandera de la universalidad de la obra literaria. Nuevamente, el

purismo de Calcaño entra en coherencia con la teoría general del purismo que, en todo momento, se rebela contrario a la mirada en pequeño del trabajo intelectual. La defensa y aplicación de los principios purista convierten a Calcaño en un solitario en relación con la estética escrituraria de su tiempo, al no aceptar ni la escritura modernista, por decadentista y pesimista, ni la criollista, por pequeñez provinciana. Romántico de convicciones, creará en la universalidad del yo y en que la patria del escritor es el mundo, el universo:

Para Picón el ideal parece ser un mito, y un mito el ingenio y el sentimiento en las obras literarias; pues para que éstas sean buenas, es preciso que versen acerca de asuntos nacionales o de la vida del país, que es lo que impropriamente llaman *criollismo*; pero los episodios nacionales son un género de la literatura, y un género las novelas y los dramas, las poesías y artículos relativos a nuestras costumbres y vida. El genio no tiene patria; el trabajo literario es universal. Lo que da personalidad y nacionalidad a una obra, es el autor, cualquiera que sea el asunto de que se sirva y sitúese la escena donde se situase; porque el autor le imprime siempre, aun inconscientemente, su sello, el de su patria y el de la edad mundial en que vive. Por ello, sin duda, sienta Sainte-Beuve que una de las obras más francesas que existen es *Gil Blas*, a pesar de su traje español y de todas las imitaciones que en él hayan podido notarse (Calcaño, 1972: 224-225).

Debe destacarse la referencia que nuestro Sainte-Beuve criollo hace de Sainte-Beuve, paradigma universal del crítico despiadado y temido.

Ácido y personalista como aquél, Calcaño nos conduce, después de nuevas objeciones, a la reflexión final del estudio y que, en cierta medida, es su justificación primera: la refutación de las opiniones

críticas de Picón-Febres sobre su propia obra de narrador. Calcaño resiente que Picón-Febres no entienda el sentido de sus novelas *Blanca de Torrestella*⁵ y *El rey de Tebas*⁶ y que las considere obra de *segunda mano*, a la primera, y obra “híbrida y descabellada”, a la segunda. Para Calcaño el fallo crítico está en no justificar lo que plantea y en censurar de extravagante lo que no se entiende. Extiende el criterio a otros autores, también: “Son varios los autores a quienes Picón Febres censura con igual criterio, sin aducir comprobación ninguna, y de propia injustificada autoridad” (Calcaño, 1972: 226). Aconsejando al joven escritor, Calcaño, espoleado él mismo, pontifica: “Al hablar de trabajos de *segunda mano* ha debido comparar las obras respectivas, hacer el juicio crítico de ellas, averiguar y establecer la fecha de la publicación de cada una de ellas, y nombrar siquiera la que considera original o de *primera mano*. De otro modo nadie puede apreciar la justicia de su censura, ni saber cuál obra tiene mayor mérito; y todo hombre sensato y entendido en materia de letras habrá de juzgarle como un espíritu apasionado y reo de suposiciones gratuitas” (Calcaño, 1972: 227).

Sometido, entonces, a expolio, Calcaño culmina su censura a Picón-Febres, horma moderna de su propio zapato, con una burla sobre la falta de templanza del crítico merideño, colérico como todo autor acostumbrado a dar los espolonazos y nunca a recibirlos: “Imitando la frase de un insigne escritor diré que todos los autores, o desconocidos u olvidados, o flagelados injustamente por el libro de que hablo, han obtenido un triunfo más: la cólera de Picón Febres” (Calcaño, 1972: 227).

Triunfo del Ruiseñor con espuelas que, incapaz para verse en el propio espejo que supone la perspectiva crítica purista, multiplicará los desafueros que pretende eliminar y generará, sobre todo en materia de lenguaje, las reacciones más desequilibradas y contraproducentes.

Contraataque

Este vendría de la mano de Gonzalo Picón-Febres y de la polémica fortísima que generó con el ya celeberrimo Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana y padre de todos los purismos. Transcurre como un escenario el año 1905. He aquí el diálogo que ofrece un epistolario singular entre los actores.

La insana relación entre estos dos escritores puede reconstruirse en la dimensión de tres etapas que significan tres episodios textuales y críticos bien diferenciados, pero implicados del mismo espíritu que, en la medida en que se desarrollan, se enturbia progresivamente. Los momentos se refieren, primero, a la discusión sobre el léxico criollo, hacia 1901, cuando se presenta como una polémica epistolar, en donde cinco piezas (tres de Picón-Febres y dos de Calcaño) conservadas nos permiten armar el itinerario intelectual del debate. En realidad, la raíz más remota debe remontarnos a 1897 cuando Calcaño despacha en unas pocas frases el estilo deficiente del novelista merideño.

Picón-Febres le reprocha al académico, en una larga carta del 15 de septiembre de 1901, su falta de cuidado en el tratamiento de las voces en general y, en particular, de algunas tan entrañables para el léxico venezolano como *butaque*. Desconociendo opiniones, *modus operandi* natural en Calcaño, se empecina en descartar como barbarismo la forma masculina aduciendo su imagen despectiva de la forma femenina *butaca*. El reproche de Picón-Febres da en la diana de los tratamientos antipuristas instaurados por Calcaño: “No acierto á comprender por qué no sea posible recibirlo con su carácter de sustantivo masculino, se le insulte ignominiosamente llamándolo *barbarismo*, y se le arroje á puntapiés al medio de la calle” (Picón-Febres, 1964: 330). Similar reproche en cuanto al tratamiento de los vulgarismos léxicos: “Que un término sea vulgar,

no es razón para que se le marque en la frente con el estigma del desprecio” (Picón-Febres, 1964: 333). Siempre la confusión entre el signo y la referencia, entre el trabajo descriptivo y la realidad aludida por el signo.

La primera reacción de Calcaño es, a pesar de su habitual sordera, contestar, remarcando la rareza que en este caso la motivan:

Por esto unas veces, y las otras por dignidad, nunca contesto los ataques que se me dirigen, y no pocos se me han dirigido, aún calumniosos y villanos [...] A usted, mi querido Gonzalo, contesto inmediatamente, porque en conversar con persona tan ilustrada y culta siento verdadero placer” (Calcaño en Picón-Febres, 1964: 337).

Invocando, después de defender sus puntos de vista léxicos, la caballerosidad en la contienda, concluye, su carta del 16 de noviembre de 1901, con extremada cortesía:

Aunque el periódico que publica la fina carta de usted manifiesta con cierta desgana que lo hace á pesar de que las réplicas suelen ser enojosas, crea usted, mi querido Gonzalo, que yo no le lastimo con tales suposiciones, pues sé que si usted se creyere en el caso de escribir una réplica, lo hará, como cumple á persona tan ilustrada y culta, con los guantes del caballero (Calcaño en Picón-Febres, 1964: 339-340).

Llega la contrarréplica el 30 de enero de 1902. En esta aún más extensa carta-ensayo, Picón-Febres reinsiste en los planteamientos léxicos de la primera, ahora con nuevas documentaciones y referencias de la propia obra del académico. La elegancia de la discusión es todavía, aquí, motivo de admiración entre caracteres tan dispares y en donde se percibe, a pesar de la ironía, la mutua admiración:

Yo insisto en la discusión de los puntos que he sometido á la muy ilustrada consideración de usted, por dos motivos que para mí son poderosos: el primero, porque estoy profundamente convencido de que la razón me asiste; y el segundo, porque la discusión puede serme completamente provechosa, desde luego que es con usted con quien discuto, y no con ningún soso ignorante de esos que no saben lo que dicen, y que de todo hablan en un tono de suficiencia magistral que no se compadece con la sabiduría dudosa que en realidad han aprendido (Picón-Febres 1964: 340-341).

El 16 de marzo del mismo año, Calcaño ya manifiesta cierta contrariedad por el “cansado asunto” de la polémica con Picón-Febres. Esta recontrarréplica nos lleva a una confesión inesperada por parte de Calcaño. Declara su desinterés por la discusión léxica y, en su lugar, señala que sólo le interesa en la consideración purista de la corrección de uso: “De paso advertirá á usted que no tengo grande afición á discutir acerca de vocablos, ni á investigar sus orígenes y significación, sino cuando necesito conocerlos para su correcto empleo” (Calcaño en Picón-Febres, 1964: 354). Se trata de la primera vez que Calcaño se declara, abiertamente, como un purista y, además con los tintes de un investigador muy poco científico. Nos sigue ilustrando, al respecto:

Es un error suponer lo contrario. Por compromiso escribí *El Castellano en Venezuela*, como consta en el prólogo; y sólo por deber y por gratitud he gastado en la Academia mi vista en esta clase de investigaciones para la redacción de cédulas. Crea usted, querido amigo mío, que aún en los estudios de crítica literaria me es poderosamente antipático cazar términos y censurar frases, y sólo lo hago ocasionalmente cuando considero imprescindible ó de alguna manera útil (Calcaño en Picón-Febres, 1964: 354).

El debate léxico, que se ha desarrollado públicamente en las páginas del diario *La Semana*, llega a su fin con la carta del 12 de abril de 1902, que firma Picón-Febres. El punto más importante es la posición de Picón-Febres frente al academicismo servil en el que parece incluir al colega polemista, aunque sin hacerlo muy notorio:

mire usted, Don Julio, yo creo en la Academia Española no á retinas tapadas y con espesa venda, sino hasta donde ella me enseña lo que ignoro, me orienta con seguridad, me satisface y me convence. De ahí no paso, porque el pasar me huele á servilismo; porque todos los que pensamos con criterio, llevamos algo de lógica en el cráneo; y porque la Academia Española... es la Academia Española; ó lo que es lo mismo, inconsecuente, antinómica, asaz contradictoria y hecha de flaqueza y de pequeñez humana, aún cuando muchos la vean desde acá, desde aquende los mares, infalible, irrefutable, siempre diciendo la verdad y sin jamás irse de bruces ni caerse bien caída de las alturas de su olimpo (Picón-Febres, 1964: 359).

Culminada en 1902, se traduciría en la elaboración, como respuesta concreta, de Picón-Febres al publicar, en 1912, su *Libro raro* para rebatir las imprecisiones y equivocaciones de *El castellano en Venezuela* en materia de léxico venezolano.

El segundo episodio puede fecharse en 1906 cuando Picón-Febres publica *La literatura venezolana en el siglo XIX*, que evalúa la obra literaria de Calcaño en términos que no gustaron al académico. De ahí que escriba un explosivo texto para criticar la capacidad crítica, entre otras, del escritor merideño.

Este incidente abre el último momento, en 1911, cuando uno y otro se replican. Calcaño escribiendo el texto crítico referido y Picón-Febres escribiendo uno de los textos más duros que Calcaño leyera, en vida, sobre su obra, el mismo año 1911. Sin una letra de

desperdicio, revela el desquiciamiento crítico que Calcaño podía producir y la animadversión que sus actitudes podían generar en cualquier tipo de espíritu, desde el más sublime hasta el más tortuoso. Sin mencionarlo, como si nombrarlo significara impregnarse de mala energía, Picón-Febres, y esto no es exagerado, descuartiza, en crítica tan sinsentido como la del personaje criticado, al septuagenario Calcaño, sordo, senil y ajeno: “A un escritor senil”.

El momento final de la discusión resulta el más elocuente, también, del estado de recepción alcanzado por la obra de Calcaño. En este sentido, nunca se entenderán suficientemente las razones más íntimas que llevaron a un enfrentamiento tan despiadado. Creemos que no son suficientes el encono por las opiniones adversas hacia Ernst, Acosta y otros autores, ni la incompreensión sobre el estudio coherente del español venezolano. Más intrincados motivos, sin duda, son motivadores de esta miseria que toca el pensamiento. En orden muy distinto, muy pocas ocasiones tuvo, en el futuro, la ciencia venezolana del lenguaje de una tal confrontación como la que el pensamiento reactivo de Calcaño y su figura repulsiva eran capaces de producir.

En “A un escritor senil”, Picón-Febres ya quema todas las naves del recato y de la reflexión respetuosa para, en su lugar, prorrumpir, como si de un Calcaño inverso se tratara, en los más despiadados juicios sobre, como él mismo recuerda, un anciano, si no venerable, de edad respetable. Para el momento en que se escribe el texto en cuestión Calcaño ostenta setenta y un años y, todavía, sigue escribiendo, en su estilo acostumbrado, y sosteniendo, a ultranza, su imperturbable credo crítico. La inmovilidad de su pensamiento será uno de los motivos de frecuente rechazo por parte de sus opositores.

El comienzo de su texto ya le reprocha su vejez escribiendo a Calcaño, ancianidad que sueña con la inmortalidad, por otra parte:

Se le conoce a usted la ancianidad a gran distancia, señor mío! Ha dado usted en la flor de escribir a todas manos —ahora más que nunca— en el un sentido o en el ótro, con ocasión de lo primero que sucede en torno suyo, mezclando berzas con capachos, venga o no venga al caso esa pluma insabora que usted tiene, y así resulten sus opiniones de indigestas, que no haya por qué lado no de qué suerte cogerlas. Para usted la cuestión es escribir, escribir a troche y moche, salga lo que por fin saliere, y llenar los periódicos de artículos, y que su triste nombre se vea y suene de algún modo, y figurarse usted —allá en los momentos en que sueña con la inmortalidad— estirado en los colchones cómo suben hacia el techo los hilillos de humo del cigarro, que la gloria se inventó para coronarle a usted, que en alas de la fama se va su nombre recorriendo el universo” (Picón-Febres, 1939: 245-246).

Ironiza con el pensamiento de Calcaño que cree que se le ataca por envidia: “que los que le muerden (porque lo que es morderle no hay quien no lo haga por ahí), le muerden solamente *por envidia*, porque usted les hace sombra y porque vale más que ellos” (Picón-Febres, 1939: 246).

Cuestiona la pretendida inmortalidad anhelada por el personaje, con las primeras invectivas. Lo llama emborronacuartillas y difamador, en el primer caso, majadero, y, en el segundo, tozudo: “¿Cuál inmortalidad? Si acaso alguna, la del silencio y del olvido allá en los tramos empolvados de las estanterías. ¿Fama de qué? De emborrona-cuartillas majadero y difamador tozudo. ¿Gloria o gloriola? En pujando con fuerza, la segunda, que es la gloria de los charloteadores sin talento y con mucho veneno en las entrañas. ¿Envidia a usted, envidia a usted, pobre señor? ¡Válgame Dios y qué ridiculeces las del mundo!” (Picón-Febres, 1939: 246).

El próximo ataque se propina contra el Calcaño crítico, al que llama criticastro, y que se empeña en ver errores en donde no los hay y en maltratar a los escritores de valía. Nunca le perdonará esta generación el haber intentado manchar el buen nombre literario de Cecilio Acosta:

Se da usted ínfulas tales, que da lástima escucharlo; arremete con su opinión en todo, y lo hace rematadamente mal; se entremete en lo que no debiera, por su falta de sabiduría y de luminoso ingenio, y cada parágrafo le sale punto menos que un desastre; dice picardihuelas, y le resultan a los Sancho, que ponían fuera de su talante a Don Quijote por lo ridículas y necias; escribe, y es imposible leerle con paciencia, porque ni ostenta usted lo que llamamos hermosura, ni sabe sino rutina sobajada, ni abunda sino en lugares comunes que dan sueño (Picón-Febres, 1939: 246).

El otrora sueño de inmortalidad, ahora se convierte en sopor y en producto de *soporíferas retóricas*. He aquí un interesante cuestionamiento de la raíz purista del pensamiento de Calcaño que es visto como el represor de los equívocos ajenos que se traducen, en su obra propia, en propia obra gastada y sin fuerza. Desplegada una sarta de condiciones que, por exageradas nos producen una ligera sonrisa, y cuyas notas más agudas son el hurto intelectual, la ambición, la mediocridad, el hipercriticismo (“se ha obstinado asimismo en la manía de continuar de criticastro, con el fin de poner de oro y azul —porque le sobran a usted bilis hedionda y despecho nauseabundo— a los hombres que sí valen”), la envidia, la majadería y, en esta primera conclusión, la maledicencia (“y que jamás pierden el tiempo en la lectura de esas maledicencias puercas en que usted lo malbarata sin piedad, por ocuparse mucho de los oscuros antros y del fétido fango de la tierra”); se ocupa del Calcaño poeta y académico. A Picón-Febres le resultan sus versos pesados y retóricos, rutinarios y arcaicos y sin inspiración:

Usted quiere ser poeta, y le salen los versos a mandarria del versificador pesado, pero no la poesía, la sublime y excelsa poesía, la candorosa hija de las ondas y las espumas de Castalia, la que nunca se hizo a fuerza de soporíferas retóricas, la que nace del corazón que siente [...] A usted no le salen sino versos con telarañas de rutinas y con mohos de clasicismos de Academia” (Picón-Febres, 1939: 247).

Pocas veces, como en ésta, la actividad intelectual generó una respuesta tan descarnada, al extremo de que leyendo a Picón-Febres tendemos a sensibilizarnos por la causa de Calcaño al entender que la réplica es tan inarmónica como la crítica que se pretende desarticular. Un seguimiento del repertorio es adentrarnos en los senderos de una actividad que resulta más catártica para el autor que instructiva u orientadora para un lector atento. La sola invocación del repertorio es elocuentísima de los triunfos y desdichas que Calcaño y sus excesos fueron capaces de producir como desquiciamiento de las pasiones y de las inteligencias. Sin duda, aquí radica uno de los desajustes que el purismo como actividad socio-intelectual puede prodigar con abundancia. La topología anticalcañiana de Picón-Febres se ordena brutalmente como para dibujar el mapa de la miseria intelectual, literaria, lingüística, social y humana. En su ceguera y en su sordera, Picón-Febres, como el propio Calcaño, no encuentra rasgo positivo alguno por donde plantear el equilibrio de su texto pseudo-crítico. Los lugares de esta cartografía de la pequeñez producen su particular toponimia centrada en los improperios contra el personaje: “embaucador de cretinos”, “charlatán matraca”, “académico servil”, “perfecta medianía”, “pobreza trasnochada”, “imitador que glosa, parafrasea o plagia”, “copista como usted de cargantes enciclopedias para venderse como sabio”, “desdeñador de los sabios”, “embustero con gramática parda”, “contentador de los malvados para quienes blande la lengua”, “malediciente insano”, “académico límbico y latoso”,

“la envidia más atroz se le adivina a usted por encima de la ropa y del andar bovino”, “¡Oh pobre septuagenario siempre lleno de todas las pequeñeces de la vida!”, “viejo fatigado y rutinario como usted, que al escribir, disuena, y al criticar, disparata como un descamisado, y al discurrir, lo hace con rebuscadas palabrotas, cuyos sonidos ni tan siquiera acierta usted a combinar con la destreza del verdadero artista, de manera que formen armonía”, “escribe en estilo de chayota acerca de todas las materias: de política y de filología, de historia-patria y de literatura, de antigüedades, de América, de los dialectos hablados por los indios, del fonógrafo y del espiritismo, de agronomía y de comercio, de música vocal e instrumental, y yo creo que hasta de asuntos del Japón, de los mandarines chinos, de la circunnavegación del Africa hecha por navegantes fenicios, el año de 610 antes de Jesucristo y bajo el reinado del Neko el Faraón, y de la mar de cosas más”, “ruin septuagenario”, “críticas que son eructos de su corazón”, “fingido señor de horca y cuchillo de la Literatura Patria”, “difamador soez” (Picón-Febres, 1939: 248-255).

A Picón-Febres le indigna inmensamente que Calcaño sea un *utility* intelectual y, sobre todo, que todo lo que toque su mirada crítica sea para destruirlo. Toque crítico de Medusa que lleva al naufragio hasta a los sobrevivientes de una pérdida balsa: “usted se mete en todo, y todo lo halla detestable” (Picón-Febres, 1939: 251). Se indigna, además, por el ruido que hace en todo lo que le atañe, sin entender, que la sordera necesita de mucho ruido, más si se trata de la sordera intelectual: “En su inmensa producción hay mucho ruido, mucho ruido; pero las nueces caben en un puño” (Picón-Febres, 1939: 251-252). Aprovecha para parodiar al Modernismo literario, que tanto repudia Calcaño, para burlarse de él. Después de poner en evidencia que muchas veces encomia lo barato para que le *reciproquen* halagos y sabidurías postizas, interviene, con mucho ingenio, paródicamente el texto: “y vendiéndose en tal caso, como sabio, porque

la casi totalidad del público no ha de ponerse a averiguarlo, ni tampoco es capaz de comprender lo que usted magistraliza en *gris agudo*, bilis verde y despecho reconcentrado en *fo mayor*" (Picón-Febres, 1939: 252).

Al no entender sus actuaciones, le hace llenar a Calcaño, en el vacío, un cuestionario con las preguntas cruciales, suerte de interrogatorio para confirmar el *Gradus ad Parnassum* de toda actividad crítica en el marco de los purismos de la lengua y del espíritu, que resultan, en otra consideración, interesantes para ajustar el trabajo intelectual que, por momentos, despega de la sobriedad y control que siempre deben blasonarlo:

¿Con qué derecho, con qué autoridad, con qué justicia osa usted atacar la ajena honra? ¿Por qué difama soezmente a los que pueden blasonar, con la frente muy alta y muy serena, de la que es vida sin mancha corrida en la honradez y la hidalguía? ¿Por qué el trabajo que ennoblece, el menester que dignifica, la conducta sin deslealtades ni traiciones, la propiedad de inteligencia y de carácter, la conciencia que no anda por ahí con torcedores de villanías infames, el alma sin pasiones canallescas y el cuerpo que nunca se puso de barriga delante de los déspotas vesánicos, los recompensa usted con la reticencia hedionda, con la invectiva hiriente y con la afirmación mendaz, desvergonzada y trapacera? ¿Qué es lo que está pensando usted en medio de su soberbia necia, de su enquillotramiento insano y de su torpe vanidad desatentada? ¿Por ventura usted supone que el decoro personal, y la virtud jamás mentida, y la abnegación sincera, y el patriotismo que no deja sino pobreza honrada y satisfacciones íntimas, deben estar siempre a merced de su pluma voltaria y caprichosa? ¿Se figura usted acaso ¡oh ruin septuagenario! Que usted goza de inmunidad para insultar, para poner en falso la reputación sin

mancha, para babear el nombre puro y calumniar a los que nunca le hicieron ningún daño? ¿Cree usted que esas tumbas venerables, de varones excelsos y verdaderamente gloriosos de la Patria, que usted ha removido tantas veces para contumeliarlas con el crascitar del cuervo, no son sagradas e intocables para usted, ya que en vez de flores pone usted sobre sus piedras solitarias rencores muy antiguos, rencores profundos e implacables, rencores que hacen comprender todo lo negro que usted lleva dentro del corazón? ¿En dónde están los títulos y verdaderos méritos de usted para atreverse a profanar con puercos dicharachos del arroyo la altísima grandeza del carácter que fué íntegro y austero, y para irse en són de guerra contra la hermosa y resplandeciente luz que en Venezuela Intelectual derramaron de su cerebro inmenso el noble historiador, o el naturalista insigne, o el gloriosísimo poeta, o el pensador pasmoso que al mismo tiempo fué manejador estupendo del idioma, gala de la sabiduría y áureo vaso desbordante de elocuencia magnífica y sonora? (Picón-Febres, 1939: 254-255).

Cuando reinsiste en los desafueros críticos de Calcaño, ve un cerebro vacío y un alma maligna y sombría. Aquí ya el escritor merideño no es capaz de contener el agua que por borbotones se derrama, casi sobre él mismo:

A usted hay que dejarle en el empeño de rellenar cuartillas de sandeces, de poner el castellano en feo arcaico, de atacar a los demás con esa lengua suya eternamente ponzoñoza, de no hacer nada que sirva desde ningún punto de vista, y de reservar elogios francos y resueltos para las medianías como usted que se mueren de rabia y de despecho (Picón-Febres, 1939: 253).
Le echa en cara que critique a Cuervo y al Padre Fabo, un

sabio conocer de las lenguas indígenas: “Señor mío, para eso usted no es quién, pero ni remotamente” (Picón-Febres 1939: 253).

El colofón de su texto es sólo un recordatorio de los grandes nombres de la inteligencia venezolana que Calcaño parece haber olvidado en su visión negativa sobre nuestros desarrollos culturales. Le recalca el nombre odiado: “Cecilio Acosta, el pensador sublime, el artista de inimitables formas, el ‘Príncipe de los ingenios en la mejor época de nuestra literatura’”; y, como para que le duela profundamente, en la lista de imprescindibles de la literatura nacional, menciona a sus dos hermanos poetas: “los Calcaños Eduardo y José Antonio”. Las palabras finales construyen una imagen para desarticular la metáfora de un Calcaño que se cree *sol* y que no llega ni a *luciérnaga*. Le pide, también, que descienda de su Parnaso y se retracte de todo lo malo que ha hecho por el país: “Presente usted a *Venezuela Pensadora* la obra que presentaron ellos; delante de sus tumbas no blasfeme y quítese el sombrero; retráctese de todo cuanto ha dicho en su desdoro, y respétese a sí mismo, si usted quiere que lo respeten los demás” (Picón-Febres, 1939: 255-256).

Exhausto ya, Picón-Febres le pide a Calcaño que haga lo que ha hecho toda su vida: respetarse tanto a sí mismo hasta convertirse en el dios de su propia mitología y, en consecuencia, distanciarse de toda una época intelectual que lo ve con malos ojos y que lo entiende como a un insoportable Don Perfecto de la lengua, de la literatura, de las ideas y de la vida venezolana en el tránsito hacia la modernidad.

Después de la contienda

Finalizada la descripción, a ratos muy dolorosa, de esta contienda, en la que vemos a dos figuras descender a niveles intelectualmente muy bajos, no queda sino abrir algunas posibilidades para reflexionar, gracias a ella, en una dimensión más compleja.

Creo que nos permite: 1) entender la necesidad de la discusión académica desde premisas más objetivas; 2) establecer los criterios para inmiscuirnos en los entretelones de un momento del pensamiento venezolano y, a la distancia, calibrarlo en sus aportes y en sus desatinos; 3) reafirmar el valor del conocimiento de los sujetos para comprender muchos de los procesos de la ciencia lingüística venezolana; 4) señalar los criterios de Calcaño como factores de conflicto durante la ciencia venezolana del lenguaje del siglo XIX y como generador de muchas afinidades en conflicto; y, finalmente, 5) ordenar una reflexión sobre la actividad académica y científica venezolana que, sin desquiciar los objetos presentes, la observe en plano retrospectivo para evidenciar en los desarrollos pasados muchos de los desajustes de los desarrollos presentes.

Notas

- ¹ Este estudio forma parte de una reflexión más amplia sobre la participación de Julio Calcaño en la historia del purismo lingüístico en Venezuela, que desarrollé como tesis para optar al título de Magister en Historia de Venezuela, en la Universidad Católica Andrés Bello. En este momento inédita, lleva por título: *Oídos sordos. Julio Calcaño y la historia del purismo lingüístico en Venezuela* (Caracas, 2001).
- ² Apareció publicado por entregas, durante 1911, en la revista caraqueña *Sagitario* (N° 3, 4, 5 y 6).
- ³ Las inconsistencias de puntuación están en el original.
- ⁴ Uno de los más dañinos, la defensa que José Martí hace de Cecilio Acosta en su *Revista Venezolana* y que, como se ha destacado, motivará la reacción de Guzmán y de los guzmancistas, contribuyendo a la salida de Martí del país. Coherente, además, el hecho de que Martí fuera, también, un autor ajeno a la consideración del purismo. Así quedará reflejado en su trabajo sobre venezolanismos que, parcamente, titula: "Voces" y que se mantuvo entre sus papeles inéditos hasta 1940, cuando se le incluye en la primera edición de sus *Obras completas*. El primero en reparar en los méritos de este trabajo fue Ángel Rosenblat, quien, valiéndose de sus materiales, compone, en 1953, su estudio: "Los venezolanismos de Martí". Antipurista (= anticalcañiano, en este momento más que en ningún otro),

Martí dirá: “No es mi objeto hacinar en cuerpo horrendo corruptelas insignificantes de voces españolas, porque valdría esto tanto como hacer en España diccionario especial para la lengua de los mercados y los barrios bajos y los pueblos andaluces; sino reunir las voces nacidas en América para denotar cosas propias de sus tierras, y señalar las acepciones nuevas en que se usen palabras que tienen otra consagrada y conocida” (Martí en Domínguez Hernández, 1990:1).

- ⁵ Son estos los términos de la crítica que hace Picón-Febres de esta novela: “Aun cuando *Blanca de Torrestella* se resiente del romanticismo sectarista en sus rasgos indefectibles y curiosos, el buen sentido y la experiencia de Calcaño los han disimulado, los han aflojado en su tensión disciplinaria y excesiva, y la obra se lee con interés, por lo pintoresco y fácil de la agradable narración. *Blanca de Torrestella* es novela histórica y exótica, novela de segunda mano en tal sentido, y carece de la verdad parcial o relativa que los ingenios españoles don Mariano José de Larra y don Enrique Gil pusieron en sus reconstrucciones históricas, tan dignas de alabanza en buena parte de su enredo y desenvolvimiento, aunque sean de censura por la falta de seguridad en la reproducción de los personajes que resucitan en sus páginas” (Picón-Febres, 1947: 361). Fueron estas las palabras que más mella hicieron en Calcaño, de todo el alegato de Picón-Febres que, por otra parte, no siempre estuvo, aquí, tan lúcido. El hecho de que trate de una novela histórica, ambientada en Venecia durante la República, no quiere decir que sea obra de *segunda mano*. Este, sin duda, resulta un planteamiento muy común para la época sobre la novela histórica, pensándose que ni era “novela”, ni era “historia”. Efectivamente, no es ni una cosa ni la otra, sino un género híbrido en donde se ficcionaliza el hecho histórico creando una narración que *recrea* una época. En este sentido, resultan más novelados los propios libros de historia de ese tiempo.
- ⁶ En el caso de este libro, Picón-Febres pasa directamente al juicio demoleedor, muy a lo Calcaño, sin ofrecer mayores razonamientos. Sus palabras, claro está, conmocionaron hasta la sordera de Calcaño: “Con referencia a *El rey de Tebas*, baste afirmar que la crítica más blanda y bondadosa encontraría de sobra, en páginas tan híbridas como descabelladas, motivos más que suficientes para pulverizarla” (Picón-Febres, 1947: 364).

Referencias

CALCAÑO, Julio. (1897). *El castellano en Venezuela. Estudio crítico*. Caracas: Tipografía Universal.

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. N° 14, enero-diciembre 2004. Pérez, Francisco Javier. *Calcaño y Picón Febres. Ataque y contraataque de una contienda lingüística y literaria*, pp. 211-236.

CALCAÑO, Julio. (1972¹⁹¹¹). Gonzalo Picón-Febres y su obra *La literatura venezolana en el siglo XIX*. En *Crítica literaria*. Caracas: Presidencia de la República. Prólogo: Fernando Paz Castillo (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, 1).

DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ, Marlen A. (comp.). (1990). *José Martí: Ideario lingüístico*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente (Colección Temas de Periodismo, 26).

PICÓN-FEBRES, Gonzalo. (1939¹⁹¹¹). A un escritor senil. En *Obras completas (Póstumas)*. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, tomo V ("Apuntaciones críticas"), pp. 245-256.

PICÓN-FEBRES, Gonzalo. 1947 (1906). *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve (Ensayo de Historia Crítica)*. 2da. Edición. Buenos Aires: Ayacucho.

PICÓN-FEBRES, Gonzalo. (1964¹⁹¹²). *Libro raro*. 3era. Edición. Mérida-Venezuela: Biblioteca de Autores y Temas Merideños. Prólogo: Pedro Pablo Barnola.